

6. El deseo de la voluntad del Padre.

¿Qué es el deseo si no el ardor de la voluntad, un querer intenso, un querer tensionado a un fin, a una finalidad? Pero el ardor de la voluntad de Jesús era la comunión de deseo con el Padre. También la voluntad del Padre arde en deseo, es un fuego que arde por una finalidad, por un cumplimiento. La voluntad del Padre es un amor ardiente hacia los hombres a los que Jesús se adhiere con toda su voluntad, hasta el punto de no querer tener otra voluntad que la del Padre: "Porque no he venido del cielo para hacer mi propia voluntad, sino para hacer la voluntad de mi Padre, que me ha enviado. Y la voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite el día último." (Jn 6,38-39)

Y Jesús, a lo largo de su vida, en realidad no hace sino atraer a los hombres a adherirse a su deseo de la voluntad del Padre, a su ardor por el cumplimiento de la voluntad del Padre. Es por eso por lo que siempre presenta la voluntad del Padre como una realidad fascinante, apasionante, que atrae. La voluntad del Padre, tal como Jesús la presenta, como habla de ella, cómo la vive, es revelada en toda su bondad y potencia, es revelada como el verdadero bien para nosotros, para todos, incluso para los pájaros del cielo y para las flores del campo, ¡incluso por cada uno de los cabellos que caen de nuestras cabezas (cf. Mt 10,29-30)! Escuchando a Jesús, mirando a Jesús, el corazón del hombre se llena de deseo de que se cumpla la voluntad de Dios. Y el querer es un deseo tenso, intenso y ardiente. Un "querer", esto es, una elección de nuestra libertad. Como lo presenta a Jesús, como lo comunica Jesús, la voluntad del Padre no se percibe ya como una mortificación de la libertad – como creían Adán y Eva –, sino como un fuego que enciende nuestra libertad, que la hace viva, activa, es decir verdaderamente ella misma, verdaderamente libre.

La elección del pecado, la concupiscencia, no exalta la libertad, porque lo que se desea con concupiscencia arrastra a la libertad, como un esclavo encadenado es arrastrado por su patrón. San Juan lo recuerda en su primera carta, hablando de la voluntad del Padre en términos de amor: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Quien ama al mundo no ama al Padre, porque nada de lo que el mundo ofrece viene del Padre, sino del mundo mismo. Y esto es lo que el mundo ofrece: los malos deseos de la naturaleza humana, el deseo de poseer lo que agrada a los ojos y el orgullo de las riquezas. Pero el mundo se va acabando, con todos sus malos deseos; en cambio, el que hace la voluntad de Dios vive para siempre" (1 Jn 2,15-17).

La libertad que se une con la voluntad del Padre entra en la vida eterna, en una libertad sin límites, que no pasa, que ya no sufre nada más, que no está mortificada por nada, ni siquiera por la muerte. Es a esta libertad a la que Jesús nos invita, es en esta libertad que nos acompaña proponiéndonos el encanto de su deseo de abandonarse hasta el fondo a la voluntad del Padre bueno.

Existe un aspecto particular sobre el que Jesús insiste para transmitirnos su pasión por la voluntad del Padre: la familiaridad con Él, que la obediencia hace posible: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y señalando a sus discípulos, añadió: –Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad

de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre." (Mt 12,48-50)

Jesús vincula estrechamente el hacer la voluntad del Padre con vivir de su intimidad, ser sus amigos y familiares. Nadie nos es más familiar que nuestra madre, que nuestros hermanos y hermanas. Pues bueno, para ser familiares de Jesús como lo fue María, la condición es cumplir la voluntad del Padre. Porque nada es tan querido por Cristo como lo que su Padre quiere, como el Padre y su voluntad, su libertad, su plan para salvar el mundo.

Cuando amamos a una persona, si realmente la amamos como persona y no como un objeto de interés egoísta y placer, entonces su libertad nos es querida y, por lo tanto, su voluntad. La voluntad no es el capricho. Hay quienes piensan amar haciéndose esclavos de todos los caprichos de la persona amada. Pero es que el capricho no es expresión de la libertad de una persona. Por el contrario: los caprichos son los deseos de los cuales una persona es esclava y para satisfacerlos tiende a esclavizar a todos los demás, especialmente a las personas que están más cerca de ellos afectivamente hablando. La voluntad de una persona, en cambio, es su libertad en la medida en que está dirigida al objetivo final de su vida, en la medida en que está dirigida a realizar aquello por lo que vive, aquello por lo que la vida nos ha sido dada para ser dada. La voluntad nos ha sido dada para llevarnos a amar hasta el final, para dar toda nuestra vida. Para Jesús, la voluntad del Padre era el tesoro más precioso, era el objeto continuo de su amor, de su atención, de su meditación, de su escucha de las Escrituras. Jesús siempre vivió orientado a abrazar con su libertad la voluntad del Padre.

La voluntad del Padre, para Jesús, era como la luz que iluminaba toda realidad, que dirigía así su camino, que daba sentido a cada circunstancia, a cada encuentro, a cada palabra que dijo y escuchó. Jesús se saciaba de la voluntad del Padre, no necesitaba ningún otro alimento: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra" (Jn 4,34). Por esto era totalmente libre de todos y de todo. Su libertad era su obediencia al Padre; su liberación consistía en dejarse guiar y orientarse constantemente por la voluntad del Padre. No estaba sujeto a ninguna presión de tiempo y espacio, porque su "reloj" y su "brújula" eran el sintonizarse continuo con la voluntad de Dios. Y tenía con la voluntad del Padre una relación tan viva, tan poco formal y esquemática, que para Él esto era motivo de continuo asombro, de continua maravilla. Fue siempre como si la voluntad del Padre fuera para Él una novedad sorprendente, a pesar de que en realidad la conocía desde toda la eternidad. Pero la eternidad es el presente de Dios, una dimensión en la que nada envejece, y por lo tanto en la que todo es siempre nuevo, una novedad que nunca deja de ser nueva. Por esto Jesús lo vivía todo con asombro, especialmente cuando veía la voluntad del Padre penetrar hasta los detalles más pequeños e insignificantes de la experiencia humana, e inspirar a las personas y a los corazones más sencillos, más pobres y pequeños ante los ojos del mundo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que ocultaste a los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido" (Mt 11,25-26).